

y, finalmente, nos advierte que centrará las «referencias en una veintena de nombres —son los que aparecen en la bibliografía final—, estudiados con desigual extensión» porque «este libro no pretende ser una colección de monografías sobre los diferentes poetas». Curiosa nos parece, sin embargo, la ausencia de Eladio Cabañero a pesar de estar, en cuanto al porcentaje, un 70%, por encima de la media del grupo. ¿Será porque se incluye García Martín entre los críticos y lectores que le han retirado su favor?

El estudio de las antologías es pormenorizado y cuidadoso. Se excluyen las generales, las regionales y las temáticas aunque luego, por razones de objeto y sujeto, se traigan a colación. Huelga todo recuento porque están todas y, una por una, son vistas en sus fallos y aciertos. Las posibilidades de discrepancias en este terreno pueden ser, como ya lo fueron en su día, infinitas. Rompan fuego los interesados.

O busquen su nombre los segundones, los olvidados, las glorias locales, en los apartados dedicados a las revistas, a los grupos regionales y a los «ismos» de ocasión. No parece que son trescientos los poetas fichados por José Luis, sino trescientos mil: de Huesca, de Badajoz, de Granada, de Palencia, de Zaragoza, de Roma, de Burgos... Faltan, solamente, los gallegos. Vaya por Dios. ¿Qué estarían haciendo por estas calendas los poetas gallegos? Ante tamaño aluvión de nombres se nos ocurre pensar, muy arteramente por cierto, que García Martín se hace el quite de las reivindicaciones de encima y deja suelto el toro para que cada cual con el trapillo de sus entusiasmos y embaimientos se lo lleve al terreno que le plazca. ¿Era preciso meter en el cartel —veintitrés los maestros, en cabecera— a tanto subalterno y monosabio? ¿Dónde acaba la faena de los unos y empieza la de los otros? ¿Para quiénes reservamos los aplausos? Lo que sí podemos asegurar, dejando de lado las reticencias, es que todo antólogo tiene la obligación de estar al tanto de todo lo publicado para justificar, al menos, que conoce a poetas que ni son amigos ni enemigos. El tiempo, que no sabe de maniqueísmos, hará lo restante. O admítase el error, la duda. Nunca una antología dejó contento al respetable.

«¿Sobre qué escala de valores —pregunta García Martín a Enrique Badosa al afirmar éste que la poesía es el arte superior entre las artes todas— se establece tal jerarquización?» Trasladamos la pregunta de boca y se la endosamos al interpelante. La respuesta, basada en unas fechas y sostenida en un consenso antológico, podemos encontrarla en el cuerpo doctrinario de *La segunda generación poética de posguerra* abordada desde unos presupuestos teóricos (conocimiento, experiencia, compromiso, comunicación, realismo, etc.) y compulsada desde los resultados mismos del poema (autenticidad, valía, hondura, estremecimiento, alcance, contagio, temporalidad). Los poetas seleccionados responden con creces, cada cual desde sus circunstancias, a las intenciones del estudioso. Jerarquizan, en verdad, un conjunto de valores y de características que en sus rasgos generales cuadran a todos pero, pormenorizados, sólo amparan a algunos. Le falta a esta generación «cumulativa» un detonante, como lo tuvo la del 98, o un catalizador, como sucedió con la del 27. El «hecho generacional», tan recurrente en los manuales de literatura, sólo nos ofrece para ésta el común denominador de «niños de la guerra». Gracias, por lo tanto, a unas fechas y a un rompimiento con moldes preconcebidos, García Martín nos ofrece una panorámica más total, crítica y justa de una época donde los Claudio y Brines de siempre van junto a los Murciano y Uceda de algunas veces. Obras, por fin, son razones y no buenos amores. ¿Por qué habrían de quedar María Victoria

Atencia o Agustín García Calvo fuera de estudio por no haberle dado, en su día, pábulos a lo social? Vosotros, benditos míos, pasad; y esos, que se vayan al arroyo.

Agrupando a García Martín a los poetas en torno a alguna base común y valiéndose entonces del libro más oportuno teoriza, examina, juzga. Suele acompañarse de toda la parafernalia crítica que puede y así su parecer nos llega contrastado y enjundioso. En *Compromiso y comunicación*, por ejemplo, echa mano de Eladio Cabañero, Ángel González, Claudio Rodríguez y Carlos Sahagún; para Caballero Bonald, Manuel Mantero, Francisco Brines, Joaquín Marco y Mariano Roldán deja la *Poesía Crítica / Poesía de la experiencia*; el análisis de lo metapoético —le dedica cuarenta páginas— lo hace al socaire de Gil de Biedma, Badosa, Sahagún, Claudio Rodríguez, Caballero Bonald, Mantero, Brines y J.M. Valverde. De modo parecido estudia el tema de España y el de la infancia marcada por la guerra, el amoroso y el del paso del tiempo; y la poesía culturalista y la poesía social. Muy ilustrativo para entender esta última nos parece el estudio que hace de *Blanco spirituals*, de Félix Grande, y en donde nos demuestra que más allá de las apariencias lingüísticas, alteraciones ortográficas y procedimientos paródicos hay una preciosa elaboración artística y un poeta con voz y estilo.

Garra y carácter tiene, para nuestro gusto, José Luis García Martín. Lo que no tiene son pelos en la lengua. Desde nuestra poquedad damos fe de lo leído, confesamos que nuestros saberes no alcanzan a tantos nombres, fechas ni obras como aparecen en *La segunda generación poética de posguerra* y, engañados o no, entendemos que es un libro magnífico. Póngale reparos quien pueda. Inténtelo, lector.

Eugenio Bueno

Pendencia contra la inmovilidad*

Lo que anima las novelas que un hombre cualquiera se cuenta a sí mismo es el sueño inverso de cambiar el destino en vida, el deseo paradójico de romper el programa y acceder a la incertidumbre.

Alain Finkielkraut

Recientemente ha salido publicado en ediciones «Botella al Mar» el último libro de Santiago Kovadloff *Por un futuro imperfecto* y, como de mis lecturas últimas, ésta es una que ha llegado a conmoverme —es decir, a moverme con Santiago— no quiero dejar pasar más tiempo para ocuparme de ella y transitar aunque sea brevemente mi

* Santiago Kovadloff: *Por un futuro imperfecto*. Ediciones Botella al Mar. Buenos Aires, 1987.

pensamiento respecto de este singularísimo pensador judeoargentino. Como es frecuente oírlo decir al mismo Kovadloff, este libro de ensayos es, en lo esencial, un recorrido por las conjeturas, los roces, las disgresiones, es decir sobre el impacto que la realidad produce en la piel, tensa y despierta, del autor. No hace mucho tiempo comenté que la genealogía estructurante de Santiago Kovadloff pasaba por el numen específico de los grandes moralistas de la historia intelectual. En particular, Santiago me recordaba a Albert Camus y sus trabajos políticos de *Liberation*, no dejando en ningún momento de recordarme a su vez a pensadores judíos de la raza de Alain Finkielkraut o de Emmanuel Lévinas. En Israel, pese a indiscutibles diferencias ideológicas, mi recuerdo pasa por A.B. Ieoshúa o, quizá mucho más cercano en la interpretación histórica y humanística, Samaj Izhar. En España puedo señalar a Fernando Savater y a Eugenio Trías. Pensador de puertas abiertas, de interrogantes oxigenados, de terquedad en la ilusión, de pasión por la lucidez, Kovadloff no quiere resolver nada ni nada indiscutible pretende decir (él mismo lo señala en el portal del libro) pero, justamente por eso, por su necesidad de crear otros significados para lo que se pretende inequívoco, por desear violentar un espacio de significaciones inamovibles, Kovadloff es un auténtico pensador, es decir, un poeta. Usando una feliz frase suya: vuelve a poner las palabras en estado de asamblea. Por eso Kovadloff llega a conmover tan hondamente, ya nos hable de Martín Buber, del ciudadano Rimbaud, de Jerusalem o de nuestro atribulado país. No es difícil sentir en la propia piel que Santiago Kovadloff es también un poeta desesperado, porque sólo en movimientos del espíritu tan apasionados como el suyo, tan desolados y, permítanmelo decir, hermosos, sólo un poeta cabe con su experiencia emocional, su carisma singular y su relación convencida con la palabra como el estado naciente de lo sagrado en un mundo desacralizado y abismal. Santiago no es un pensador objetivo, no lo es. Porque su prosa, quizá pese a él mismo, ejerce una atracción violenta y enigmática que lo transforma en un interrogante cómplice, en un hermano de imposibles, en un reorganizador del discurso amoroso. Santiago ama. Y ama como un iniciático, como el dueño de un territorio exclusivo, como el amigo que viene y nos desafía a vivir sin acostumbrarnos a ello, a sentir sin hacer del sentimiento una rutina, a doler sin hacer de ese dolor un espejo inútil. Santiago quiere ser y quiere que logremos ser. Unamuno nos recordaba que acostumbrarse es comenzar a no ser. Kovadloff nos quere-lla la torpeza, nos cuestiona la invalidez, nos ataca el escepticismo.

Y no se deduzca de esto que Kovadloff es un optimismo sin más, no. Sabe mucho de los sótanos del alma (como los llamaba Ortega) pero no se dedica a vivir en ellos. sabe que debajo de los templos muchas veces existen cloacas pero mira sus paredes con la luz que el amor presta. En el *Tristán* de Gottfried de Estrasburgo la cueva donde se refugian los amantes tiene la estructura de un templo y allí se aposenta el más alto misterio: la pasión. Santiago Kovadloff piensa con pasión, por eso ama. Nuestro querido Bergamín decía que sentir es pensar temblando. Por eso Santiago tiembla. Por eso es que leerlo resulta no sólo saber de él sino sentirse junto a él. Claro que, como poeta que es, Santiago diagrama utopías, pero no en el sentido de lo inalcanzable (muchas veces lo suyo alcanza) sino en el sentido también metafísico de lo erótico. Su prosa es erótica. El sabe que sólo se puede amar apasionadamente lo que está lejos (Jerusalem, valga) o prohibido (San Pablo, valga) o es imposible (la palabra definitiva, valga) y sin